

GUSTAVO YARROCH

JUEGUEN POR ABAJO

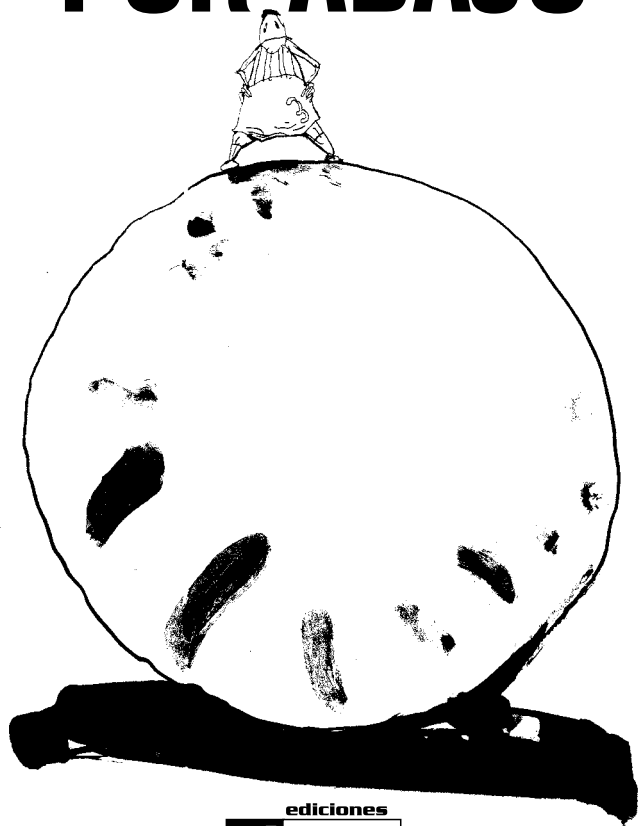
PROLOGO > ALEJANDRO CARAVARIO CONTRATAPA > WALTER VARGAS



ediciones
al arco

GUSTAVO YARROCH

JUEGUEN POR ABAJO



ediciones
al arco

Diseño: Federico Sosa
Ilustraciones: Gustavo Damiani

Yarroch, Gustavo
Jueguen por abajo : cuentos de fútbol - 1a
ed. - Buenos Aires : Al Arco, 2006.
64 p. ; 20x14 cm.

ISBN-10: 987-22257-6-1
ISBN-13: 978-987-22257-6-6

1. Narrativa Argentina-Cuentos de Fútbol.
I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 30/06/2006

>Dedicatoria

A Lu y Juani, por las alegrías y la dicha de ser papá

A Mariana, por ese amor y ese aguante

A mi vieja, por todo

A vos, pá, que te extraño horrores

A Nano, mi hermano y amigo

A Silvi y Moria, por entenderme.

>Agradecimientos

- > Al Chopo Boccalatte y Marcos González Cezer
- > A Piqui Caravario
- > A Walter Vargas
- > A Gustavo Damiani
- > A Horacio Convertini
- > A Adrián Villegas
- > A Horacio del Prado
- > Al intendente de la ciudad de Pergamino, Héctor María Gutiérrez
- > Al Director de Cultura de Pergamino, Raúl Notta
- > A Guillermo Baduy
- > A Alfredo Herms y Marcelo Genlote
- > A Rodolfo Bernárdez
- > A Alejandro Czerwacki
- > A Hernán Firpo
- > A Ariel Hendler

>Prólogo

Se suele decir que la gente, cuando juega al fútbol, tiende a reproducir conductas de su vida cotidiana. O, si se quiere, los rasgos que fundan su personalidad. De manera que, por caso, un empleado laborioso, perseverante y confiable, pero falto de imaginación, está condenado a marcar alguna de las puntas cada vez que se arma el equipo de la oficina. De igual modo, se supone que un individuo creativo, digamos, para cocinar o improvisar endecasílabos rimados demostrará idénticos talentos en la cancha, seguramente con el diez dibujado en la espalda. Un tipo tímido no puede jugar de cinco ni de dos, los calentones lo son más cuando empieza a rodar la pelota, los lungos mejor que atajen y los caraduras llevan la gambeta en la sangre.

Error. Es posible que Blas Giunta sea un padre tierno y que el imprevisible Ronaldinho, en sus dominios privados, ejecute rutinas menos tolerables que las de un penado de Sierra Chica. Sin ir tan lejos, todos conocemos casos de esquizofrenia deportiva. Señores que, una vez que pisaron el verde sintético de las canchitas de alquiler, se transforman, para bien o para mal, en una caja de sorpresas.

Quien se lance a escribir literatura futbolera debe entender que emprende el viaje hacia un territorio de mayor intensidad, con una lógica propia y resistente a los manuales. Es más: en el fondo del interminable paisaje a explorar, se yerguen las estriba-

ciones del mito (siempre pensé que Borges habría escrito fascinantes cuentos futboleros). ¿Si no qué pasa? Caemos en el fresco de costumbres, la crónica apenas estilizada, servida en bandeja por el catálogo de estereotipos. Dicho más fácil: es un esfuerzo inútil intentar que el fútbol sea el espejo de la vida. Que la literatura de cancha se parezca a la cancha, y no haga más que trasladarla a un lugar de reposo para que las anécdotas sean audibles. Los lectores quieren (bah, es mi caso, por lo menos) experiencias de otra índole. Aventuras del lenguaje. Literatura.

Pues bien, creo que Gustavo Yarroch, en su primer libro, patea en la dirección correcta. Supera la tentación de reciclar su vastísima memoria de cronista y elabora ficciones en las que el fútbol, naturalmente, es un código con el lector, una clave necesaria, pero sólo de acceso. Yarroch no cuenta lo que sabe, sino lo que ve, lo que encuentra en los pliegues de un mundo que, de algún modo, todos creemos conocer. Pero que, indagado en sus extremos, sus escenarios futuros, sus puntos ciegos donde el sentimiento no tiene nombre (¿agonía? ¿locura?), se nos revela como una trama extraña y un llamado irresistible.

Yarroch evita el desarrollo clásico en que la fábula -y su cierre contundente- agotan la historia. Jueguen por abajo funciona con esbozos, insinuaciones, aventuras apenas trazadas que obligan a reponer lo que no ha sido dicho. A veces, incluso, el autor cierra el relato de prisa, aferrado a la concisión como un valor que no se negocia. Toco y me voy, algo así. Acaso la mejor fórmula para que el lector pida más, espere ansioso la revancha con un fútbol de la misma jerarquía. Se sume a la hinchada, seducido por esos breves momentos luminosos que, así lo dice el optimismo de tribuna, son la cifra de placeres por venir. Seguramente el segundo libro de Gustavo confirmará esos presagios.

Alejandro Caravario





>Jueguen por abajo

Cuando el fútbol me abandonó y me obligó a colgar los botines tenía apenas quince años. Mi caso, lo tengo muy en claro, es por demás curioso. De chiquito fui un delantero que reunió las cuatro cualidades básicas para triunfar en el puesto: poder de gol, habilidad, velocidad e inteligencia. Tenía una facilidad casi asombrosa para sacarme rivales de encima y no había partido en que no metiera al menos un gol. Pero, como esas estrellas que ingresan de a poquito en su etapa de decadencia, a medida que fue pasando el tiempo comencé a perder lentamente esos atributos que me habían convertido en un crack en potencia. Tal vez fui víctima de alguna conjura genética, o en todo caso cometí un pecado propio de los talentosos: el de estancarme. Pero no, no. Más que estancarme, experimenté una inesperada involución hasta transformarme en un jugador vulgar, casi torpe, de esos que, en el mejor de los casos, se limitan a intentar dársela a un compañero porque son incapaces de gambetear a un rival.

Pero como el fútbol es mi vida, y vos sabés bien de lo que te estoy hablando, al terminar la secundaria quise seguir ligado a él. Entonces empecé el curso de director técnico. En mi primera clase tuve una discusión con uno de los profesores. El hablaba de las bondades del juego aéreo para resolver partidos cerrados y yo, sacado como cada vez que se tocaba ese tema, directamente lo traté de ignorante. “El único fútbol que vale y que yo

conozco es el de la pelota jugada contra el piso”, le dije, casi increpándolo, y apelando a una frase que para mí era religión.

Militante del toque, no tengo otra manera de concebir el fútbol que buscando siempre por abajo. En eso, te aclaro, no hay chance de negociar. En los entrenamientos, mis jugadores tienen prohibido hacer los saques laterales con las manos porque no tolero que la pelota vaya ni un segundo por el aire. Ni hablar de los córners y tiros libres: todos tienen la orden de jugarla cortita. Nada de andar bartoleándola por ahí.

No entiendo bien por qué, pero hace dos años el diario de mi pueblo se la pasó pegándome por el método de entrenamiento que implementé, único en todo el mundo. Van Gaal y Bielsa serán tipos a los que les gusta laburar tácticamente; ellos dividirán la cancha con sogas y harán movimientos tácticos independientes con cada una de las líneas del equipo, pero todavía ningún otro técnico utilizó mi fórmula.

Mi equipo se entrena en una isla que tiene una cancha de fútbol bordeada por un río repleto de cocodrilos hambrientos. Tenemos solamente dos pelotas para entrenar, de modo que los muchachos están obligados a tratarlas con cariño. Toques, triangulaciones, paredes. La idea es que jueguen siempre. Lo que sí debo reconocer es que de vez en cuando le robo una frase al Flaco Menotti para estimularlos a respetar la pelota. Cuando los jugadores quedan cara a cara con el arquero rival, el Flaco les pide que le den un pase a la red. Y a mi esa frase me parece tan fantástica, resume tan a la perfección mi modo de ver el juego, que no hay práctica en que no la pronuncie al menos una vez.

Después de todo, si le pegan fuerte o tiran un pelotazo, la pelota va a parar al agua y ahí sí que olvidate de volverla a ver:

los cocodrilos tienen más hambre que el Chavo del Ocho.

Pero quedate bien tranquilo que tenemos todo fríamente calculado. Cuando la pelota sale de la cancha, no siempre termina en el agua. Si se va por abajo, a ras del piso, como un modo de premiar a los muchachos la contienen unos carteles que bordean todo el perímetro con la leyenda Pelucas Mariel, nuestro principal sponsor. La fórmula da resultado, te lo puedo asegurar. En dos años se fueron al agua nada más que ocho pelotas, aunque, a decir verdad, por el presupuesto que manejamos a los jugadores se les fue un poco la mano, o mejor dicho la pierna.

En el campeonato nos va más o menos, para qué te voy a mentir. Andamos por la mitad de la tabla. Jugamos diez partidos, ganamos tres, empatamos cuatro y perdimos tres. Asumimos la iniciativa y casi siempre monopolizamos la tenencia de la pelota, pero nos falta profundidad. Tocamos y tocamos, y muchas veces los rivales se vuelven locos porque se creen que los estamos gastando. El problema es que nos cuesta meter asistencias, el último pase, como le llaman los técnicos modernos. Así y todo, conozco a un montón de hinchas de otros equipos que vienen a ver nuestros partidos porque dicen que somos los que mejor jugamos.

Para mí eso es un orgullo, ¿viste? Quieras o no, soy el padre de la criatura. El equipo es una copia fiel de lo que yo pretendo, un reflejo de lo que aprendí y mamé desde chico. El otro día, un periodista me quiso tirar la lengua, o chicanearme, no sé bien, y me preguntó qué prefería, si ganar el campeonato o seguir siendo el equipo que más respeta a la pelota.

En ese momento pasaba caminando el Rubio Lazarte, un ocho de elegancia dudosa, como la de esas señoras copetudas

expertas en buenos modales y protocolo que van a los programas de las tres de la tarde. Al escuchar la pregunta, Lazarte se volvió, indignado, y le dijo al periodista: “Que este sinvergüenza te cuente la verdad. Que se saque la careta y confiese que nos tiene a todos amenazados, que el castigo que nos impone si tiramos un pelotazo es el de mandarnos al agua con los cocodrilos. ¿Por qué no averiguás qué es de la vida de Castillo, Mustafá y Díaz? ¿Vos te creíste eso de que los vendieron a Chile? A esos pibes los mandó al agua y se los comieron los cocodrilos”.

Después de que Lazarte dijo lo que dijo, el periodista me miró azorado y sólo atinó a preguntarme si todo eso era verdad. Y yo le dije que sí, pero que igual estaba orgulloso por cómo jugaba mi equipo.

Ahora te estoy escribiendo desde la cárcel. Mi abogado me jura que en dos meses salgo. ¿Vos qué me aconsejás? ¿Le creo o no le creo?

>Divisiones

El Deportivo era un equipo que no tenía secretos: un arquero con muchos reflejos pero flojo para salir, una defensa de mastodontes duros como una roca, un mediocampo con un “5” metedor y dos volantes con mucha técnica por los costados, un enganche puro talento, y dos delanteros con capacidad goleadora y pies sensibles. Cinco tipos para correr y raspar, y otros cinco para darle vuelo a la búsqueda ofensiva. Un equipo compensado, en definitiva.

Y le iba bien, al Deportivo. Había ganado tres de los últimos cinco campeonatos y los rivales le tenían el respeto que se les tiene a los equipos que nunca pierden la mística ni el halo triunfal que los distingue. Pero detrás de las victorias se escondía una feroz lucha de poderes, una división interna entre líricos y picapiedras.

Más que las aptitudes y características de unos y otros, lo que dividía al plantel eran los cruces ideológicos entre ambos bandos. Los menos dotados técnicamente acusaban a los otros de sacar la piernita y no transpirar la camiseta. Y los talentosos decían ser los verdaderos padres del éxito porque sin su fantasía nada hubiese sido posible.

Los tipos ni siquiera se dirigían la palabra, pero cuando salían a la cancha demostraban una alquimia superior, capaz de dejar atrás las miserias internas con el más frío profesionalismo.

Cada uno tenía su función claramente delimitada: los defensores marcaban e intentaban dársela a los volantes, y los de mitad de cancha hacia adelante procuraban juntarse para tocar y llegar al gol.

El enfrentamiento alcanzó límites insospechados. Cuando el equipo iba de visitante, los dirigentes alquilaban tres combis: una para los negados técnicamente, otra para los que estaban acostumbrados a tratar con cariño a la pelota, y la restante para la Comisión Directiva y el cuerpo técnico, —quienes atentos a los buenos resultados— preferían mantenerse al margen de la disputa.

La fractura del grupo también quedaba expuesta en el vestuario y a la hora de comer: los troncos con los troncos, los buenos con los buenos.

Puertas adentro, la división estaba tan blanqueada que incluso habían llegado a un acuerdo para turnarse en las duchas. Como no se podían ni ver, decidieron bañarse en dos tandas de cinco. La solución, bien democrática, establecía que un día pasaba primero un grupo y al siguiente, el otro, y así semana tras semana. Mientras uno de los bandos se duchaba, el otro esperaba charlando en el vestuario. Cuando tomaron esa decisión hicieron un sorteo para ver quién empezaba. Era una puja sin tregua ni concesiones.

Pero hubo una situación que llegó a colmar la paciencia del técnico, un tipo temporizador al que el grupo de los talentosos apodó Macaya Márquez porque nunca se la jugaba y jamás tomó posición en el conflicto. Un día, El asesino Sosa, el marcador central, y Maravilla López, la manija del equipo, le exigieron que le retirara la capitanía al arquero Carlos Manitas

Fernández porque —decían— era el único del plantel que no se comprometía “con ninguna idea”.

Sosa era un animal que medía casi dos metros y pesaba 98 kilos. Los hinchas del Deportivo lo adoraban, no tanto por su capacidad defensiva como por el temor que generaba en sus rivales. Físico de rugbier, en el brazo derecho usaba una codera que le daba cierto aire de gladiador. Su marca registrada eran los cruces violentos: cuando se tiraba a los pies, barría pelota, rival, pasto. Todo.

Maravilla López llevaba el pelo como los concriptos: rapado atrás y sobre las orejas, un poquito más largo en el resto de la cabeza. También tenía algunos kilos de más, pero igual destilaba jerarquía. Gordito y todo, era muy habilidoso y los rivales no le podían sacar la pelota: usaba a la perfección los brazos y el culo para cuidarla. Nadie daba dos pesos por él, pero bastaba que el balón se pusiera en movimiento para que todos los ataques pasaran por sus pies.

Manitas Fernández, según el defecto que bien le achacaban unos y otros, permanecía al margen de las disputas. Ambos bandos lo consideraban un traidor, un intruso que siempre se paraba justo donde el mundo se dividía en dos. Para no herir susceptibilidades, comía y viajaba con el cuerpo técnico y los dirigentes. Y a la hora de ducharse, era el único que lo hacía en su casa.

Hastiado de tanto mar de fondo, el técnico se entregó a la bebida y no hubo partido ni entrenamiento al que no llegara borracho. Los jugadores se aprovechaban de esa situación y en las charlas técnicas intentaban imponer sus estrategias —sus pensamientos— o directamente se le plantaban con reclamos enérgicos.

Aquella vez en que Sosa y López le recomendaron que le sacara la capitania a Manitas Fernández con el tono amedrentador de los barrabravas, el DT se sintió rodeado. “¿Y después quién firma la planilla?”, les preguntó, pensando que ese argumento inocente haría recular a la dupla enemiga. “A eso ya lo hablamos entre nosotros: un partido firma él y otro, yo”, replicó El asesino Sosa. Al técnico, ya sin escapatoria, no le quedó otra que concederles el deseo. A tono con su personalidad, Manitas aceptó sin objeciones.

Los líderes de uno y otro bando se juntaron varias veces para intentar acercar posiciones por el bien del equipo. “Me parece que ustedes deberían correr un poco más y retroceder unos metros cuando no tenemos la pelota”, le sugirió Sosa a López. “No nos pueden pedir eso porque nunca nos llega una pelota redonda. Vamos a correr el día que ustedes dejen de rifarla en todas las salidas”, contraatacó Maravilla.

Los diálogos tenían siempre el mismo contenido: posturas irreconciliables e inflexibles que no hacían más que transformar en círculos viciosos esas acaloradas charlas. Se reunieron una, dos, tres veces. En la cuarta, ya curtidos en el arte de la discrepancia ciega, decidieron cortar por lo sano. Después del primer cruce —el primer esbozo de que la cosa no marcharía—, optaron por pagar el café e irse cada cual por su lado.

La historia viene a cuento porque, el domingo, el Deportivo perdió un invicto de 38 partidos. El diario de la ciudad, de corte conservador, viró por una vez al sensacionalismo y apuntó que la derrota se debió “al mal clima que se respira en el grupo, ya que el plantel está dividido y muchos jugadores ni siquiera se dirigen la palabra”. El cronista que cubre las actividades del

equipo llegó incluso a publicar que el técnico se vio obligado a suspender varios entrenamientos “por las batallas campales entre ambos bandos”.

Al enterarse de lo publicado, El asesino y Maravilla encararon al periodista después de una práctica y lo más livianito que le dijeron fue “mala leche”.

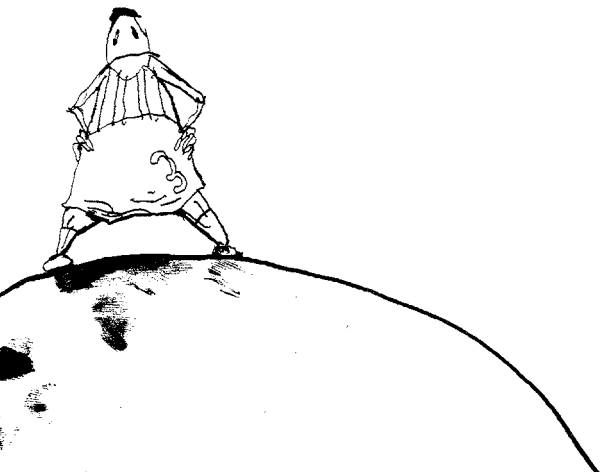
“¿Por qué, cuando ganábamos siempre, no dijiste que el equipo estaba invicto a pesar de que no nos podemos ni ver?”, lo inquirió El asesino. El cronista se quedó mirándolo, sorprendido por la sinceridad del defensor, quien le estaba admitiendo la mala salud del grupo. Les pidió disculpas y echó mano a un discurso que sonó sincero: “Es que yo me enteré recién hace algunos días. Si no, lo hubiera publicado antes”.

El asesino lo escrutó con fiereza. “Nuestra pelea no tiene solución, pero cuando salimos a la cancha nos olvidamos de todo, papá. ¿Te quedó claro?”, le preguntó, tomándole la pera con la mano derecha.

“¿No escuchaste que te preguntó si te quedó claro?”, lo apuró Maravilla.

“Sí, me quedó claro”, salió del paso el periodista, con más miedo que timidez.

El asesino y Maravilla dieron media vuelta y se fueron caminando, uno para cada lado.



>“El que no salta, se va a la B” (*)

Diciembre de 2025. Boca y River están en bancarrota futbolística y económica. En un país gobernado por el socialismo y en pleno apogeo económico, más del setenta por ciento de la población tiene motivos de sobra para estar triste: xeneizes y millonarios poseen los dos promedios más bajos y el domingo juegan en el Monumental un superclásico decisivo: si empatan se van los dos a la B Nacional; si alguno gana, se salva y condena al otro, lo manda al cadalso, le arruina la vida para siempre. Una circunstancia potencia la expectativa: después del descenso de Independiente en 2012, Boca y River son los únicos dos equipos que nunca bajaron de categoría.

River debe 80 millones de dólares y su plantel está conformado por más de una docena de jugadores que llegaron a préstamo y apenas un puñado de juveniles de su cantera, otrora la más reluciente. El pasivo de Boca es de 70 millones de dólares y a mitad de año no le quedó otra que vender a Diego Maradona Junior para evitar que le remataran la Nueva Bombonera del Bajo Flores, construida hace quince años cerquita de la cancha de San Lorenzo.

Buenos Aires explota de calor y los matutinos del jueves describen de manera elocuente la cruel realidad de los dos colosos: en título catástrofe, Clarín anuncia que “River y Boca siguen la tensa espera de un clásico crucial”; Olé ilustra su tapa con una

gallina y un chanco que se miran serios y desafiantes; para Crónica, siempre más afecto a los tiros al fleje, “River y Boca tendrán un domingo de vida o muerte”.

Los entrenamientos de los dos equipos están atestados de periodistas. De hecho, a algunos los obligaron a quedarse afuera por falta de lugar. Se sienten discriminados y le reclaman al resto que entren todos o nadie. Su postura, más que razonable, no tiene eco: para muchos de sus colegas, la solidaridad es un valor poco apreciado.

“Esto es una vergüenza. Estamos en la práctica de River y los señores de seguridad nos dicen que no podemos entrar porque les dieron la orden de que pasaran solamente 40 periodistas”, protesta un cronista de AM 1045, la radio más escuchada. Los canales de noticias les dan paso constantemente a sus móviles en vivo. Las radios salen con micros sobre el clásico a cada rato. En los bares y oficinas, la gente no habla de lo bien que le está yendo al gobierno socialista sino de la inminencia del histórico duelo.

El viernes, alrededor de las 10.30, surge desde el Monumental una noticia desalentadora para River: Nicolás Francescoli, su máxima figura e hijo del recordado Enzo, sufre un esguince de tobillo al trabar una pelota con un juvenil de quien sólo se conoce su apellido: Linares.

Una hora después, cuando la novedad —infausta para unos, inmensamente feliz para otros— ya ocupaba las portadas de las ediciones digitales de los diarios más importantes del mundo, el cronista de una radio partidaria entrevistaba en vivo a Linares, a esa altura convertido en “el” personaje del día.

—¿Cuál es tu nombre y de dónde sos, Linares? -le preguntó

el periodista.

–Me llamo Juan y soy de Villa Angela, Chaco.

–¿Cómo fue la jugada?

–Francescoli me hizo un caño y, como no me gusta que se me burlen en la cara, le tiré una patada -respondió el chico, un lateral derecho de 1,60 metro al que sus compañeros llamaban Chaco o Enano.

–Marcelo Gallardo, el técnico del equipo, ya les dijo a los dirigentes que no te quiere ver más por acá.

–Sí, ya lo sé. Gallardo ya me pidió que a partir de mañana no venga nunca más. Pero no me importa: a mí, lo único que me interesa es que Boca gane el domingo.

–¿Cómo? -le repreguntó, azorado, el cronista.

–Sí, eso. Yo vine acá porque me trajo un empresario, pero mi sueño es jugar en Boca.

Diez minutos después, a Linares se lo tuvo que llevar la policía porque comenzó a circular el rumor de que la barra brava de River se dirigía hacia el entrenamiento con objetivos poco amigables.

“Insólito: en River, un juvenil lesionó a propósito a Francescoli”, tituló al otro día Off side, uno de los cinco diarios deportivos de circulación nacional. En la misma línea, Clarín señaló: “Conmoción en River: un chico de las inferiores lesionó intencionalmente a Francescoli”.

En el campamento xeneize todo era paz y tranquilidad, un clima de monasterio ajeno a esa rara mezcla de preocupación y sorpresa que se vivía en River. Eso sí: sus jugadores eligieron un tono bastante agresivo a la hora de enfrentar a las cámaras y grabadores.

“Yo quería que jugara Francescoli así después no tienen excusas para llorar. Pero, si quieren, que lo pongan a Labruna o al Beto Alonso”, ironizó el delantero-estrella Sebastián Tevez, hijo de Carlitos –gloria del club a comienzos del milenio– y de la ex modelo y ahora empresaria Natalia Fassi.

El capitán, Alcides La Candela, también pegó duro: “¿Así que se lesionó Francescoli? En el fondo debe estar contento, porque esta vez no le van a echar la culpa a él de que llevan tres años sin ganarnos”.

Pese a la sugerencia en contrario del presidente del club, los jugadores de River salieron a responder. “Que Tevez no se preocupe, que el domingo los atendemos en casa”, soltó El Gaita Rodríguez, encargado de marcar al crack auriazul. “¿Tevez dijo que pongamos a Angelito Labruna o al Beto Alonso en lugar de Francescoli? ¿Y ellos por qué no lo ponen a Hrabina, a Schiavi o a alguno de esos burros que solamente sabían patearla para arriba y pegar patadas?”, replicó Mariano Mas, el cuarto sucesor de la dinastía que inauguró Oscar, El Pinino, en los ‘70.

El domingo tan esperado ya llegó. Sesenta mil personas –sesenta mil almas privilegiadas– ocupan las tribunas del Monumental, hirviendo como nunca antes. Los cantos amenazantes vuelan de cabecera a cabecera desde que a las 12 se abrieron las puertas del estadio. Finalmente, y gracias a un esfuerzo descomunal del cuerpo médico, Francescoli llega en condiciones al partido.

Son las 15.45 y los equipos salen juntos a la cancha. Hay algunos saludos de rigor, como el abrazo entre Francescoli y Tevez, compañeros en la Selección, pero la mayoría de los futbolistas se cruzan miradas venenosas.

Mientras el árbitro realiza el sorteo junto a los dos capitanes, cerquita de la mitad de la cancha ocurre una escena llamativa: el desplante que Juan Martín Villegas, el “8” de River, le hace al volante tapón de la contra, D’Artagnán Sánchez, padrino de Tomás, el hijito de dos años del mediocampista local. Cuando Sánchez se acerca a saludarlo, Villegas sigue corriendo, simulando no haberlo visto cuando en realidad pasaron tan cerca uno del otro que casi se chocan.

“¿Y a vos qué te pasa, pelotudo?”, lo inquiera Sánchez, según puede leerse a través de sus labios por las cámaras de televisión. Villegas se hace el distraído como esas jubiladas que se quieren colar en la fila del banco y continúa la entrada en calor, buscando –y consiguiendo– poner nervioso a su irascible amigo.

El partido comienza y los dos toman tantos recaudos que el primer tiempo se consume entre imprecisiones, marcas pegajosas y una ausencia exasperante de situaciones de gol. La etapa final llega con novedades: Boca se pone 1 a 0 a los cinco minutos con un cabezazo del Gordo Pérez y River empata dos minutos después con un penal de Trabucchi.

Queda media hora y los dos saben que el empate no les sirve. Entonces se sueltan, van y vienen, y en ese toma y daca un tanto desordenado, los arqueros se lucen un par de veces. A los 25 saca ventaja River con un toque corto de Trabucchi y sus hinchas desatan una fiesta que sabe mucho a desahogo pero también a goce por el sufrimiento del viejo rival.

River gana en confianza y Boca es pura garra y empuje, un manajo de nervios carente de ingenio. En realidad, lo que hace Boca es desprotegerse en el fondo. River ataca cada vez con más espacios y desaprovecha tres contragolpes muy claros.

Boca sobrevive a su propio descontrol con una jugada impensada: Tevez la recibe en su campo, se deshace de cuatro rivales y al llegar a la medialuna se la pica al arquero. Golazo, 2 a 2, de nuevo a mano.

Quedan cinco minutos y los dos se están yendo al descenso. Las hinchadas gritan y gritan, buscando empujar a dos equipos a los que les falta resto físico pero no enjundia ganadora. Sin embargo, los arqueros tapan una pelota de gol en cada arco y el partido se muere irremediamente en un reparto insuficiente y condenatorio para ambos.

River y Boca se fueron a la B, señores.

Sepulcral, el silencio tiene el don de conmover. Hay lágrimas de un lado y del otro. Lloran los jugadores y lloran los hinchas. En el palco de prensa, un periodista yanqui dice no poder entender semejantes reacciones, tanto dramatismo. Se le intenta explicar la situación de miles de maneras. No hay caso: Miles Stanton, especialista en fútbol americano, jamás lo comprenderá.

(*) Versión ampliada del cuento publicado en el suplemento La Fecha, del diario Olé, el 28 de mayo de 2005.

>El loco de la radio

Sí, ya sé, parecía un ridículo. Tan ridículo que las minas me miraban con lástima. En esa época no me daba bola ni mi vieja. Pero cuando tenés catorce años y querés de verdad a una camiseta, lo único que te importa es la suerte de tu equipo. Por eso, los viernes y sábados a la noche –los días que fueron creados para ir a bailar y conquistar mujeres–, yo salía con el gorrito de Social Junior y la radio pegada a la oreja.

¿Cuál era el problema, chabón? Si cuando entrábamos al boliche, escondía la radio y el gorrito dentro de la campera y dejaba todo en el guardarropas. Vos tenés la teoría de que las minas me vivían cortando el rostro porque con esa facha no me podía levantar a nadie. Pero estoy seguro de que no era por eso. Mi gran karma era que no tenía parla y no sabía cómo hacerles el entre. De manera que intentar acercarme a alguna era más una incomodidad que un desafío divertido, casi como una barra de plomo sobre mis hombros.

Además, no había ninguna que me gustara en serio. Y como en esa época ellas por lo general no iban tan rápido a los bifés, la verdad es que me molestaba bastante tener que versearles media hora para intentar robarles un par de besos. Me vas a insistir con que era un amargo y quizás tengas razón, pero puedo asegurarte que yo, a mi manera, también me las arreglaba para pasarla bien.

¿Te acordás de aquel sábado en el que se festejaba el Día de la Primavera y todo el pueblo estuvo en el boliche? Social Junior jugaba en Salta y no podía quedarme con la intriga del resultado hasta el domingo a la mañana, cuando mi viejo, después de leer el diario, me podía contar con lujo de detalles cómo nos había ido. Entonces me calcé el gorrito, saqué la radio de la mesita de luz de mi papá y me fui escuchando la previa hasta que nos encontramos con el resto de los pibes en la avenida principal. Ustedes no lo podían creer: venían chicas de todos los pueblos vecinos, una oportunidad perfecta para el levante, y yo con ese look fronterizo y esa pinta de aparato asexuado.

A la distancia, me pregunto cómo hacían para soportar mis costumbres. ¿Cómo podían tolerar que, cada vez que había una jugada de gol, yo me arrimara al que tenía más cerca para contársela porque pensaba que ustedes también estaban pendientes del relato? Era algo así como un replay oral e inconsulto que a vos y al resto de los pibes les rompía mucho las pelotas. Pero no sé por qué lo hacía. Tal vez pensaba que también les interesaba.

¿Y cuando había un gol nuestro? Lo gritaba con todo, estuviera donde estuviere, y después le detallaba la jugada a cada uno con el placer con que un padre improvisa un cuento para que su hijo se duerma.

¿Te acordás el bolonqui que se armó el día en que habíamos ido a comer unos sángruches de milanesa al barcito del Chino? El lugar estaba repleto y yo con la radio, compañera inseparable. Necesitábamos ganarle sí o sí a San Martín de Dos Fronteras para seguir prendidos en la lucha por el campeonato, pero empatábamos 1 a 1 y nos estaban cascoteando el rancho. Era tal el

peloteo que hubiera firmado el empate a los diez minutos del segundo tiempo.

No sé si fue por el oficio del equipo o por el culo que solíamos tener en las instancias cruciales, pero Carlitos Calatraba, nuestro gran goleador, los abrochó en un contragolpe cuando faltaban cinco para el final. Pegué un grito que retumbó con la fuerza de un petardo en una cochera subterránea. Algunos se prendieron en el festejo porque sabían de mi fanatismo por Social Junior. Y otros me miraron con ganas de matarme, como esa mujer a la que le desperté el bebé y al ratito se tuvo que ir porque no lo pudo hacer parar de llorar.

Ese día pasó de todo. En el descuento, el árbitro les dio un penal y los murmullos –las charlas, las risas, las voces cruzadas– del bar me traicionaron: festejé pensando que era para nosotros. El relato me devolvió a la realidad. Cuando les comenté a ustedes, me quisieron comer crudo. “¿Pero qué tenés en los oídos, boludo?”, me gritó, enfurecido, el Flaco Azpeitia.

La mayoría de los parroquianos, que a esa altura esperaban que siguiera reproduciendo el relato con la ansiedad con que se aguarda el fallo de un juicio penal, comenzaron a reírse por mi desliz, algunos incluso de manera burlona. Ya con mi sangre a temperatura de lava, lo encaré a Escobar, el almacenero de la esquina, y le pegué una apurada de aquellas: “¿Y a vos qué te causa gracia, viejo pelotudo? ¿Por qué no te vas a ver lo que está haciendo la trola de tu mujer?”.

Para qué. Escobar me revoleó el vaso de tinto y ustedes saltaron enseguida. Se armó un quilombo terrible. Nos agarramos a trompadas con la barra de los viejos que se juntaban a jugar al truco hasta que cayó la cana y se llevó presos al Gordo Cañón

y a Seba Aranda, justo los dos que en todo momento habían querido separar.

¿Y aquel miércoles en el que coincidieron un partido contra Sportivo Magallanes y una prueba de Historia en el colegio nocturno? Me puse los auriculares en plena clase y me recosté contra el respaldo de la silla como quien espera tomando sol y fumando que el mozo le traiga un café. Al advertir mi desinterés por el examen, el profesor Alcides Castro, un gordito petiso al que apodábamos Cinco a modo de apócope de Sin cogote, me dijo que si pensaba volver a hacer algo parecido, directamente no fuera más a sus clases.

“Señor, ¿no se da cuenta de que lo suyo es una falta de respeto?”, me inquirió. En una incorrección política ajena a mi fama de nabo, le respondí que había ido al colegio sólo porque estaba en el límite de faltas y corría el riesgo de quedar libre. Por suerte o por desgracia, ese día salimos 0 a 0: no tuve que festejar ni lamentar ningún gol. El Cinco me puso un uno, pero en el recuperatorio de diciembre me hizo zafar con un seis porque también era hinchas de Social Junior y debo haberle caído simpático.

Después de todo, vos sabés que soy un tipo afortunado. ¿Te conté cómo la conocí a mi actual novia? Un sábado, hace dos años, entré a un pub y comenzó a mirarme fijo. Mientras tomaba una cerveza en la barra, se acercó y me dijo:

–Disculpame, ¿te puedo hacer una pregunta?

–Sí, claro -le respondí, asombrado.

–¿Vos sos el que hace como diez años andaba siempre por la calle escuchando la radio con un gorrito de Social Junior?

–Sí, el mismo.

–¿Sabés qué? Quiero que sepas que en aquel entonces me

encantabas, pero vos ni siquiera me registrabas.

–¿En serio?

–Sí, claro. ¿Por qué habría de mentirte?

–Porque todo el mundo pensaba que estaba medio loco. Algunos hasta me llamaban El loco de la radio.

–Nada que ver. A mí me parecías divino. ¿O por qué te crees que desde el primer día en que te vi, yo también empecé a salir a todos lados con la radio para escuchar a Social Junior?

>El muchacho de los botines rosas

A mi amigo Martín Biglieri

No sé bien por qué, pero a mi amigo Martín siempre le gustó llamar la atención. Cuando teníamos doce o trece años, fuimos con el club a Mar del Plata y el tipo apareció en la playa con los labios pintados de verde fluo y una colita en la parte superior de la cabeza, tipo plumero. “¿Qué te hiciste, loquito?”, le preguntaban todos. “Es un protector solar”, contestaba él con su habitual aire despreocupado. “No, ¿qué te hiciste en la cabeza?”, lo apuró el Gato, uno de los más ácidos para las bromas. “No me hice nada, gil. ¿Te das cuenta que no cazás una?”, le respondió Martín, ya no tan relajado. Anécdotas como ésta tiene miles, pero ninguna logrará superar a la de aquella tarde en que se puso unos botines rosas.

Así como lo cuento. El primer día de entrenamiento con la Séptima de Argentino, el muy valiente se apareció con unos botines de ese color. Rosas, sí, rosas. Todos lo miramos entre azorados e incrédulos, pellizcame para comprobar que es verdad lo que estoy viendo. Algunos, incluso, sentimos vergüenza ajena, o en todo caso algo muy parecido.

A Cacho Seoane, el técnico, se le pusieron los pelos de punta cuando lo vio. Hombre mayor, de 67 años y pocas pulgas, habituado a tratar de “usted” a los pibes del equipo, no le gustó ni medio que Martín se pusiera esos botines. El año anterior, Seoane le había bajado el pulgar por usar arito y vincha a un

volante ofensivo que pintaba muy bien, de modo que al ver los botines rosas sintió que Martín le estaba faltando el respeto.

Además, la mayoría de los chicos que iban al club eran de origen humilde y jamás se les hubiera ocurrido aparecer en una práctica con unos botines así. De hecho, ni siquiera podían comprarse los Sacachispas, que para nosotros eran tan gloriosos como lo son para los pibes de ahora los Nike que usa Ronaldinho.

Decí que cuando empezó el picado Martín hizo un par de firuletes para aplaudir de pie. Deseoso de mostrarse —después de todo se trataba de una prueba—, tiró varias gambetas que enseguida dieron cuenta de su habilidad, mandó un centro perfecto de rabona y ensayó una de esas chilenas que se ganan el recuerdo eterno: le tiraron una pelota desde la izquierda, la mató con el pecho adentro del área, saltó con elegancia de bailarín y la cruzó a un ángulo, allá arriba. Cuando se levantó, canchero, comenzó a mover su mano derecha, haciendo el típico gesto del “más o menos”.

Con ese golazo se ganó el respeto de Seoane, quien entendió que cuanto menos podía pelearle el puesto de enganche a cualquiera, y también de los demás jugadores, que al principio creyeron estar ante un fanfarrón con aires de divo. “Ah, bueno, mirá la que tiró el maraca”, comentó, con un dejo de agresividad, un pibe del equipo rival cuando Martín la clavó de chilena. Martín, que siempre fue de ir al frente, por suerte no lo escuchó.

Mientras íbamos al vestuario para ducharnos, Martín me guiñó un ojo, cómplice. Intuía que sus pinceladas lujosas lo habían posicionado más que bien para quedar en el plantel que jugaría la liga local. Le devolví el gesto con una sonrisa pero sin

abrir la boca: los amigos saben que no es necesario hablar para decir lo que uno siente.

Al día siguiente, cuando llegamos al club para cumplir con el rito sagrado de ir a la pileta, la extravagancia de Martín fue el comentario recurrente de todos, incluso de las chicas de nuestra barra.

“Che, ¿es cierto que ayer Martín fue al entrenamiento con unos botines rosas?”, me preguntó Silvina.

Le respondí afirmativamente con un simple movimiento de cabeza y una leve mueca pícara: ella y yo sabíamos de todo lo que Martín era capaz.

“¿Y de dónde los sacó?”, quiso saber.

“Los tiñó. Encontró una tintura en la casa de su abuela y los pintó. ¿Qué querés que te diga?”, le dije, resignado, dándole a entender que tratándose de él nada debería causarle asombro.

Ella siguió camino hacia el vestuario de mujeres y yo enfilé para el de hombres. Lo primero que escuché al entrar fue una frase a la que mis oídos estaban acostumbrados.

“Yo soy así, no me jodas más”, estaba diciendo Martín, viejo incomprendido del resto de la barra.

“Pero no podés ser tan ridículo. ¿No te das cuenta de que eso es una provocación? Un día vas a terminar con una gamba menos, eh”, le advirtió Sebastián.

Martín le contestó con una mirada sobradora, su gesto más característico.

Esa misma tarde, Martín pareció querer demostrarle a todo el mundo que el aguante y la guapeza futbolera también podían vestirse de rosa. Subido a sus ya controvertidos botines, volvió a poner en escena su filosa gambeta en velocidad pero además fue

al choque, a trabar fuerte cuando las papas quemaban, y salió airoso más de una vez.

Estaba en cueros, de manera que las veces que se tiró al piso para recuperar la pelota terminó todo raspado. A la noche, mientras cenaba, el padre le preguntó si se había peleado con alguien. El lo tomó como un elogio.

Martín quedó en el equipo y se ganó la titularidad. Cacho Seoane lo ponía de atacante, a veces como mediapunta y en otras como centrodelantero. Cuando jugaban de visitantes, sus botines rosas causaban el mismo asombro que su facilidad para sacarse rivales de encima. Pero Martín era un pichón de crack burbujeante. Esas lagunas en las que caía lo fastidiaban mucho. Para colmo, sus rivales sabían cómo hacer para terminar de sacarlo de quicio: le decían “trollo”, “putita” y demás cosas por el estilo. Calentón, él entraba en el juego de las provocaciones y no hacía más que irse de los partidos.

De a poco se fue transformando en un jugador desequilibrante pero díscolo, un talento cuyo techo tenía límites porque él mismo se neutralizaba con sus continuos baches. Cuando subió a Quinta División, entendió que su sueño de llegar al fútbol grande era sólo eso. Entonces decidió largar y dedicarse de lleno a estudiar kinesiología.

El otro día nos juntamos en un bar después de un año sin vernos. Entre cerveza y cerveza, la charla derivó en aquellos tiempos. Le pregunté si se acordaba de los botines rosas. Me dijo que sí, que claro, que cómo no se iba a acordar si los sigue viendo todos los días: los tiene guardados en un rincón del placard, como el principal tesoro de su adolescencia.

—Cuando mi hijo sea más grande, se los voy a dar para que

los use -me contó con el tono de quien hace un anuncio importante.

–¿Y no tenés miedo de que lo carguen? –intenté hacerle abrir los ojos.

–Para nada. A mí no me importa que el mundo esté lleno de caretas.

>El “triple ñoca” (*)

A mi viejo

En la plaza 3 de Marzo de Pueblo Grande se respiraba fútbol todos los días. Los pibes que vivíamos en el edificio “Luz y Fuerza”, ubicado justo enfrente de ella, nos pasábamos casi todo el día allí. La plaza estaba -en realidad, sigue estando- prolijamente dividida en mitades de cemento y pasto. Y nosotros nos juntábamos sobre una de las parcelas de césped, cerquita de la calle 9 de Julio, un espacio de bordes irregulares, cuya forma bien podría parecerse a la de una isla, con algunos árboles sobre los costados.

La Municipalidad había advertido, a través de la FM Central y de las páginas del diario La Voz, que estaba “terminantemente prohibido jugar al fútbol en el césped de las plazas”. Claro, el pasto estaba dañado en la mayoría de ellas, entre otras cosas porque en esa época todavía no existían las canchitas de fútbol cinco. Desobedientes, o quizás porque jugar al fútbol en la plaza era para nosotros una droga de la que no podíamos prescindir, le hacíamos caso omiso a la ordenanza municipal. Y corríamos detrás de la número cinco, a la que le pasábamos grasa de vaca para que el cuero no se estropeará más de la cuenta, desde las 10 de la mañana hasta cerca de las 9 de la noche, con los lógicos intervalos para almorzar o merendar algo, siempre a las corridas pese a las protestas de la vieja o de la abuela.

Los problemas surgían cuando pasaba el patrullero. “Che,

allá está la cana. ¡Vamos, rajemos!”, gritaba el primero que divisaba a la policía. Y entonces se producían unos desbandes históricos. Quince, veinte, veinticinco pibes salíamos corriendo hacia todos lados, como disparados por un cañón carente de dirección. Algunos huían directamente hacia sus casas, otros salíamos hacia la calle Pinto, otros rumbeaban hacia la avenida El Salvador. Sentíamos temor de que nos detuviera la policía pero a su vez disfrutábamos de esas estampidas alocadas, propias de velocistas, en las que todos corrían, gritaban y reían nerviosamente al mismo tiempo.

Una vez, recuerdo, la policía no nos agarró por apenas treinta metros: después de correr cinco cuadras, con los hermanos Facundo y Martín Cuatromanos doblamos rápido por San Nicolás hacia El Salvador y nos metimos en el bazar Cosas Nuevas. Desde allí vimos que diez segundos más tarde el patrullero pasó por la avenida a toda velocidad.

Ahora, veinte años después, tengo la sensación de que la policía no pudo dar nunca con ningún compañero más por voluntad propia que por nuestra pericia para escapar. Ellos -en el fondo algo perversos- también buscaban combatir ese aburrimiento de pago chico. Y, supongo, se divertían persiguiéndonos: durante cinco años seguidos, ninguno de los pibes cayó preso.

Pero mientras se sucedían esas instantáneas propias de policías y ladrones, había un chico, El Nano Arriola, que ni se inmutaba cada vez que aparecía el celular policial. Ajeno al ulular de la sirena, y a las corridas del resto de los pibes, él se quedaba en la improvisada canchita, con la pelota atada a sus pies, ensayando “su” jugada, un placer privado que necesitaba estimular constantemente. El Nano, como lo conocían todos, era

un especialista en el arte de tirar caños.

Ruliento y desgarbado, tenía ocho años y siempre andaba vestido con una vieja camiseta de River de piqué, regalo de su viejo, Roberto.

Cuando, sigilosa como un grandanés hambriento, aparecía la policía, El Nano tenía un ritual: se paraba sonriente en el medio de la cancha a observar cómo disparaban sus amigos. Esperaba que no quedaran rastros de ninguno de ellos ni de los policías y, ahí sí, se dedicaba a optimizar su yeite. Colocaba dos piedras del tamaño de una pelotita de tenis, separadas por apenas quince centímetros, más o menos, el margen suficiente para que la pelota pudiera pasar por el medio con la naturalidad con que las aguas fluyen en el mar.

Lo que intentaba le salía siempre bien, pero él, perfeccionista al máximo, insistía e insistía. Podía pasarse dos horas seguidas haciendo circular la pelota por entre las piedras de un lado hacia el otro. Si hasta Flavia, una prostituta que esperaba a sus clientes en el balcón de una casa que estaba a cien metros de la canchita, un día nos preguntó si El Nano estaba loco. Flavia era una mujer de 38 años cuyo principal encanto eran esos pechos firmes y grandes, casi esculturales, que muchas veces llevaba bamboleando de acá para allá, sin corpiños, sostenes ni nada que se le parezca. Cual vedette de moda, despertaba ratones entre chicos, grandes y ancianos, y no había día en el que no dejara de llamar la atención. Ella también tenía una duda existencial: ¿qué objetivo perseguía El Nano cuando le tiraba sus famosos túneles a esas piernas imaginarias?.

El Nano era un pibe querible y bonachón, pero a la hora de jugar los partidos se convertía en un ser irritante y despreciable,

en el destinatario ineludible de todos los insultos de compañeros y rivales. Resulta que disfrutaba tanto metiendo caños, que para él parecía no existir el arco rival. Si hacía un caño, quería meter otro, y otro más. Era un mago de la pelota, un talentoso capaz de ridiculizar sin más a quien tuviera la osadía de pararse delante suyo. Pero lo que nos exasperaba a todos era que cada vez que consumaba un caño, se tentaba de la risa. La carcajada duraba entre cinco y diez segundos, según la calidad estética de cada caño. Nosotros lo queríamos matar porque era tan individualista como burlón, y sus actitudes generaron infinidad de batallas campales con los equipos que aceptaban jugar algún desafío contra la banda de la plaza. Para evitar inconvenientes, le dábamos la pelota poco y nada, pero él se las ingeniaba para atraparla porque tenía una curiosa facilidad para sacársela de los pies a los rivales.

Para El Nano, el arco adversario era una simple ilusión óptica: directamente no registraba su presencia. Su norte, su búsqueda del paraíso, consistía en meter tres caños consecutivos. Eran pocas las veces que podía lograrlo. Le pegaban muchas patadas y, si ya había metido dos caños, le costaba llegar con fuerza al último intento porque las carcajadas le restaban vigor físico y, ergo, lucidez para maniobrar.

Cuando lograba el “triple ñoca”, como él llamaba a su obra maestra, las carcajadas se transformaban en un estado de excitación tal, que olvidaba por completo que tenía que seguir jugando. Dejaba la pelota de lado, comenzaba a revolcarse por el piso mientras compañeros y rivales lo puteaban en todos los idiomas y, una vez que recuperaba su entereza física, festejaba con dos o tres vueltas carnero. La pirueta se la copió al delantero Paolo

Rossi, la máxima figura del equipo italiano que ganó el Mundial de España 1982. “Grande, Paolo”, se festejaba a sí mismo antes de hacer la cabriola.

Más de una vez, las gastadas le salieron caras. Una noche de invierno en la que se apareció a jugar con guantes, como suelen hacer los futbolistas en Europa para combatir el frío, El Nano metió el “triple ñoca” en un partido en el que jugamos todos los habitués de la plaza. Y comenzó a gozar tanto a los del otro equipo, se puso tan denso, tan plomo, tan insoportable, que le dieron una paliza de la que nunca se olvidará.

El primero que lo toreó fue César Espeche, un gordito al que no hacía falta preguntarle por qué le decían Tucán. “¿Qué te pasa, gil? ¿De qué te reís?”, lo inquirió. El Nano no le respondió. En realidad, no pudo responderle porque a esa altura le dolían los maxilares de tanto reírse. Estaba tentado como se tentaba siempre. Bastó que el Tucán le metiera una mano de callado para que los demás fueran saltando de a uno. Le pegó el Ruque Della Valle, le pegó Marcelo Galíndez, le pegó Claudio Balmaceda. Le pegaron todos, mientras él se tomaba la cabeza, agachado como un boxeador en apuros, para intentar amortiguar los golpes. De repente, El Nano se desplomó y todos se abrieron. Algunos temimos lo peor, pero al ratito se paró y, con la cara y la ropa ensangrentada, enfiló despacito hacia su casa. “Ya me la van a pagar”, les gritó mientras cruzaba la avenida.

Otra vez, una ardiente tarde de enero, los pibes de la plaza 3 de Marzo jugábamos un desafío contra el equipo de Saldívar, un barrio de gente pobre y jugadores aguerridos, acostumbrados a correr descalzos en canchas de tierra. El Nano iba a ver el partido desde afuera, como casi siempre, porque ni siquiera

lo teníamos en cuenta cuando había que jugar por los puntos. Pero como hacía tanto calor, muchos de los pibes del equipo de La Plaza prefirieron ir a la quinta de Juan Espínola Márquez, el bacán de la barra. Faltaba uno. A los que le habían dado la paliza no les quedó otra que convocar al Nano, quien dio el sí de inmediato, como novia que tuvo que esperar diez años para que su pareja la llevara al altar.

Fue un partido caliente, de mucho roce y mirada desafiante, bien a tono con el clima imperante. Estaban 2 a 2 y El Nano había tenido un protagonismo más bien escaso. Cuando faltaban tres minutos para el final, robó una pelota y encaró hacia adelante. Metió un caño, esquivó una patada alevosa y después volvió a pasarla por entre las piernas de otro adversario. Rojo de la risa, avanzó unos metros y, al quedar cara a cara con el arquero, le tiró un túnel para conseguir el “triple ñoca” en lugar de definir al primer palo, que había quedado completamente desprotegido. Al lograr su propósito, comenzó a desgañitarse de la risa. Un defensor lo aprovechó y se la robó a dos metros del arco, evitando lo que hubiera sido el gol de la victoria de los pibes de la plaza, que al final perdimos por penales. Terminada la serie desde los doce pasos, El Nano lo miró fijo al Tucán y le dijo: “Yo les dije que algún día me la iban a pagar, yo les dije”.

(*) Este cuento fue publicado en el libro “Al ritmo de los punteros”, de Ediciones Al Arco.

>Don Santiago

El mal estado de salud de don Santiago era irreversible. Víctima de un cáncer agresivo como pocos y maldito como todos, lo habían internado hacía una semana en la Clínica del Pueblo. Su cuadro general se había ido deteriorando de a poco, igual que las plantas cuando comienzan a marchitarse. Estaba en una cama común pero agonizando. A esa altura, cinco meses después de que le detectaran el tumor, mantenía una batalla desigual no ya con la enfermedad, sino con la inminencia de la misma muerte. Vivía dopado, en un estado de somnolencia casi permanente. Sin embargo, ni el amor de su familia ni los cócteles de droga que le inyectaban eran suficientes para quitarle los profundos dolores que sentía en el brazo izquierdo y en la pierna derecha. El no lo decía, jamás lo hubiera dicho en realidad, pero también le dolía el alma. No obstante, don Santiago seguía teniendo cierta lucidez. Reconocía las caricias de su esposa y de sus hijos, los besos de sus hermanos y las voces amigas de quienes iban a visitarlo.

Nicolás, el menor de sus hijos, se había entregado desde hacía ya más de un mes al inevitable rito –mitad doloroso, mitad placentero– de recordar los momentos felices que pasó junto a su viejo. Esas evocaciones remitían por lo general a situaciones futboleras casi siempre vinculadas a las alegrías que supieron compartir con San José, el equipo del barrio.

Parado frente a la cama en la que su viejo se resistía a irse, Nicolás repasaba unas tras otras esas imágenes. Estaba casi todo el día con los ojos empañados. A veces se quebraba y, para que su viejo no lo viera y su vieja no se angustiara todavía más, se encerraba un rato en el baño hasta que recobraba cierta calma.

Recordó cuando de chiquito iba junto con su papá y su hermano a ver los partidos de su equipo favorito con una pelota de goma en la mano para jugar con ellos en el entretiempo. Don Santiago atajaba en un arco improvisado en el alambrado perimetral de la cancha y sus hijos le pateaban mientras se consumían los quince minutos de descanso. Lo mataban a pelotazos, y más de una vez mandaron la pelota a la cancha y tuvieron que esperar que regresaran los equipos para recuperarla.

Evocó la época en que comenzó a llevar la radio para enterarse de cómo salía Las Rosas, el eterno rival de su equipo. Y también el día en que su viejo no lo dejó ir a un partido clave contra Anchorena porque en el colegio le habían puesto diez amonestaciones.

Muchas veces, los recuerdos eran interrumpidos por el ingreso de la enfermera de turno, la llegada de familiares o amigos, o algún llamado de su viejo, que con el hilo de voz que le quedaba solía pedirle unas cucharadas de agua que él le daba en la boca. “Y pensar que alguna vez fue al revés”, se resignaba Nicolás para sus adentros mientras comprobaba una sensación fáctica: la tristeza suele formar nudos en la garganta.

En otro momento de reflexión, un espacio que Nicolás utilizaba para sentirse más cerca y más orgulloso de su viejo, rememoró la primera vez que don Santiago lo llevó a la cancha. Enseguida se preguntó por qué su viejo era hinchado de San José

y si él había salido de Sanjo, como lo llamaban en el barrio, por simple carácter hereditario o por algún otro motivo. Don Santiago se lo había contado en varias ocasiones, pero de vez en cuando la memoria le jugaba malas pasadas pese a su juventud, de modo que se quedó con cierta incertidumbre.

El resto de la familia no sabía que Nicolás se entregaba a ese tipo de recuerdos. En realidad, no tenían por qué saberlo: él siempre fue muy reservado para todo.

Nicolás se sumergía en ese mundo retrospectivo en forma silenciosa, un repaso sordo que más de una vez lo ayudó a atenuar la infinita tristeza que sentía. Sus peores momentos eran cuando volvía a tomar nota de la realidad que le tocaba vivir y caía en la cuenta del sufrimiento de su viejo. Después de todo, lo mortificaban más los dolores de don Santiago que la certeza de que le quedaban días o tal vez horas de vida.

Un día estuvo a punto de insultar a una enfermera que, al intentar tomarle el pulso a su padre, lo hizo estallar en un desesperado grito de dolor. “¿No ve que ese brazo le duele, señora? Por favor agárrele el otro”, le dijo, mordiéndose los labios para no insultarla. Fría y distante, seguramente acostumbrada a situaciones de ese tipo, la enfermera sólo atinó a mirarlo antes de bordear la cama para tomarle el pulso a su padre por el brazo derecho.

Al día siguiente, Nicolás volvió a pararse delante de la cama, esta vez para recordar la última vez que vieron campeón a San José. Fue una tarde lluviosa en la que se metió en la cancha a dar la vuelta olímpica junto a su hermano Diego mientras su viejo miraba emocionado desde la tribunita de diez escalones.

Los ojos se le llenaron de lágrimas una vez más. Miró a don

Santiago e intuyó que sus dificultades para respirar eran el anticipo de su anunciado adiós. Su viejo abrió los ojos para pedirle agua por última vez y él aprovechó para hacerle una pregunta.

–Viejo, dentro de quince días jugamos el clásico contra Las Rosas. ¿Cómo lo ves? ¿Les podemos ganar?

–Lo veo bien, lo veo bien. Para mí les vamos a ganar.

La frase, casi un murmullo agitado y entrecortado, hizo sonreír a Nicolás, quien tomó de la mano a su padre mientras éste volvía a cerrar los ojos en una modorra ya sin retorno: doce horas después, su vida se apagó definitivamente.

A las dos semanas, Nicolás fue a la cancha con su hermano, por primera vez sin la compañía de su viejo. San José ganaba 1 a 0 pero el clásico no estaba resuelto ni mucho menos porque Las Rosas iba e iba. Nicolás y Diego lo vivían entre alegres y tensos. En el fondo le temían a un empate postrero. Pero cuando quedaban dos minutos, el Pato Sarlanga hizo el segundo y aseguró el triunfo. Los hermanos soltaron un llanto emocionado, lágrimas de felicidad, y Nicolás le dijo a Diego: “¿Sabés qué? No tuve miedo en ningún momento. Desde que hicimos el primer gol supe que íbamos a ganar. El viejo me lo había anticipado antes de morirse”.

>Buenos vecinos

Dale, boludo, decíle a tu viejo que se prenda. El viaje ya se nos pinchó más de cinco veces y si no vamos ahora, me parece que no vamos nunca más.

Daniel ya había recibido el sí de su tío Felipe, el mismo que lo había convertido en hincha fundamentalista de Racing. Felipe le había prometido que en quince días irían a la cancha a ver a la Academia contra Independiente, pero con una condición: que Miguel, su mejor amigo, también fuera con su hijo Sebastián. Los cuatro o ninguno, era la cuestión.

Pero Miguel no estaba muy convencido de recorrer los 500 kilómetros que separaban a Araucaria de Avellaneda. Familiar ortodoxo, le costaba muchísimo dejar en casa a su mujer. Además, no se imaginaba un domingo sin ir a ver al Atlético Camparí, su equipo en la Liga local, un amor de pago chico que también le movilizaba las entrañas.

Sebastián y Daniel tenían quince años recién cumplidos y eran hinchas rabiosos de Racing. Pero ese amor era un sentimiento no correspondido, o en todo caso una relación cuanto menos injusta: sus momentos de felicidad dependían de cómo le iba a Racing, y por esos años el equipo andaba de desventura en desventura.

Feligreses a la distancia, los domingos se juntaban en el departamento de Sebastián para escuchar la suerte que corría la Academia con todo el candor y la adrenalina de sus años

adolescentes. Ponían la radio en la FM local, que reproducía las transmisiones de AM 1080, la única que seguía la campaña del equipo, y se disponían a sufrir o gozar abrazados a una Coca de litro, infaltable compañera.

Los relatos radiales suelen ser un tanto exagerados: como un contrato tácito entre el que cuenta y el que escucha, la amenaza de gol surge casi irremediabilmente cada vez que un equipo pasa la mitad de la cancha. De modo que los chicos vivían los noventa minutos a pura tensión, creyendo que cada ataque propio o ajeno terminaría en la red.

Después de cada partido y tanta carga gratuita de stress, experimentaban una peligrosa sensación: que en ese rato —a veces mágico, muchas otras doloroso— se les había ido un poquito de vida. Aun así, los domingos no podían dejar de entregarse al rito de escuchar cómo le iba a la Academia. Más que en una costumbre, lo habían transformado en una obligación silenciosa, un imperativo que nacía en la sangre y les recorría la piel.

Cuando elegían seguir el partido en lo de Sebastián, dos por tres tenían algún cruce con Ofelia Barroso, la vecina del Quinto D, una vieja cascarrabias que los vivía amenazando con hacerles juicio por ruidos molestos.

La vieja era menos mal llevada que intolerante, pero —para qué negarlo— a veces los chicos se pasaban de rosca. Cada vez que Racing jugaba algún clásico, levantaban el volumen al máximo. Los demás vecinos ya sabían que en días como esos no podrían dormir la siesta, pero doña Ofelia nunca se acostumbró a semejante renunciamento.

Ajenos a los berrinches de la vieja, los chicos pensaban que las quejas guardaban una sola explicación: Ofelia, que estaba a

punto de cumplir los 80, se alimentaba de las discusiones, los conflictos y los cruces con los vecinos, sus únicas razones de ser después de la muerte de su perrito Coni.

Pero el domingo anterior al del esperado viaje, los chicos sacaron de quicio a todo el edificio. Fue en un clásico que Racing le ganó 2 a 1 a Boca en la Bombonera después de ir perdiendo. Al primer gol lo gritaron con fuerza, pero con el segundo superaron el límite de tolerancia de cualquier oído. Lo festejaron como el último de sus vidas, un desahogo furioso que les generó una necesidad que sólo el fútbol es capaz de provocar: la de abrazarse bien fuerte durante uno o dos minutos.

Una vez que Racing metió el segundo gol, se dedicaron a cantar durante los quince minutos finales, no tanto con afinación como con una efusividad que alteró a todos los vecinos. Alcides Quiroga, del Cuarto D, les tocó el timbre y les pidió de buena manera que dejaran descansar a su mujer, embarazada de ocho meses. Los chicos se disculparon, pero a los dos minutos volvieron a soltar su candombe de gritos y golpes contra la puerta de la habitación de Sebastián, el improvisado bombo de las tardes de fiesta.

Entonces, el que subió a pedirles un poco de silencio fue Oscar Gramajo, del Cuarto C. “Muchachos, trabajo de sereno y éste es el único momento que tengo para dormir”, les dijo, formal, sin perder la compostura pese a su incipiente calentura.

Al día siguiente, el portero le mostró a Miguel, el padre de Sebastián, una carta firmada por la mayoría de los propietarios, que se quejaban por “las reiteradas inconductas de los habitantes del Sexto C los domingos por la tarde”. Cuando Sebastián regresó del colegio, Miguel lo estaba esperando sentado en uno de

los sillones del living. Primero le pidió explicaciones, después le exigió que no volviera a hacer eso nunca más y por último soltó una frase letal: “Ahora, el domingo no vamos nada a ver a Racing”.

Conmovidó por una de las peores noticias que le podían dar, Sebastián se quedó sin reacción. Recién dos minutos después cayó en la cuenta de lo que su viejo acababa de decirle. Le pidió disculpas de mil maneras. Al ver que Miguel no cedería en su postura, se entregó a un llanto desconsolado. Su padre le dijo que dejara de lamentarse de esa forma porque no había ocurrido ninguna tragedia. Le pidió calma, le dio a entender que no faltaría ocasión de que fueran juntos a la cancha, en fin, intentó convencerlo de que en la vida hay cosas mucho peores.

No hubo caso.

Sebastián se encerró en su cuarto y lloró toda la noche. Al día siguiente llamó por teléfono a Daniel para contarle que su viejo lo había puesto en penitencia y, ergo, el tan esperado viaje a Avellaneda volvía a postergarse. La noticia también le pegó duro a su amigo, quien rompió en un llanto igual de sentido.

Daniel no le hizo ningún reproche, pero sí un pedido concreto: “A partir de ahora, basta de idioteces. Escuchemos los partidos en silencio. Si hay un gol lo gritamos como siempre, pero sin hacer quilombo ni cantar como dos loquitos”.

Comenzaron a hacer bien los deberes y, cinco meses después, Felipe y Miguel los llevaron por primera vez al Cilindro de Avellaneda para un clásico con Independiente. A cinco cuerdas de la cancha, los chicos divisaron a una mujer entrada en años que estaba vestida con la camiseta de Independiente. Era Ofelia Barroso, la vieja cascarrabias del Quinto D, que los miró con

cara de pocos amigos.

Ellos siguieron caminando como si nada y se miraron con complicidad. Al domingo siguiente, cuando Racing le hizo un gol a San Lorenzo, volvieron a gritarlo con esa fuerza que –ellos lo sabían bien– les ponía los pelos de punta a todos los vecinos, pero muy especialmente a la vieja del departamento de abajo.

>Mario, Carlos y Maira

Mario y Carlos compartían la pieza de la concentración desde hacía dos años. No eran amigos pero tenían cierta afinidad: los unía el gusto por el mate, las cartas, las revistas de chimentos y la cumbia santafesina. Por razones de edad, era Mario quien decidía el modo de matar las interminables horas ociosas de los sábados. Tenía 32 años y era uno de los históricos del plantel. Carlos, un pibe de apenas 19, aceptaba eso con la naturalidad con que se tiene asumido que después de noviembre viene diciembre. Y no decía ni mu cuando —entre otros mandados molestos— Mario le pedía que bajara a la cocina del hotel a buscar agua para el mate. Pero más allá de su predisposición para ese tipo de tareas, a Carlos había cosas que le molestaban. Dos cosas, en realidad. Una era esa transpiración pestilente que solían despedir los pies de Mario, no por poco afecto a la ducha sino por su alergia al talco. Y la otra, que Mario nunca cerraba la puerta cuando iba al baño.

Consciente de que debía pagar el derecho de piso de todo pibe de la cantera, Carlos —muy especialmente su nariz— se la bancaba sin chistar. A lo sumo, los días en que Mario dejaba un vaho de arroyo abandonado en toda la habitación, optaba por bajar a la recepción o ir al cuarto de Marcos y Juan, los otros dos juveniles que habían sido promovidos junto con él.

Cada vez que debía salir de urgencia de su cuarto por culpa

de esas costumbres poco higiénicas de Mario, Carlos les contaba sus padecimientos a sus dos compañeros de generación.

Marcos, un pelilargo con más pinta de rocker que de enganche prometedor, lo azuzaba para que le hiciera saber a ese capanga desconsiderado las cosas que lo incomodaban. “Decíle a ese boludo que no se desubique más y te deje de joder. ¿Quién se piensa que es?”, lo toreaba.

Juan, en cambio, era más contemporizador y le sugería que se quedara en el molde para evitar problemas. Carlos estaba más de acuerdo con esa postura: agachaba la cabeza, se mordía los labios y realizaba esfuerzos vanos para no hacerse mala sangre.

Lo que Carlos nunca imaginó fue que le tocaría vivir una circunstancia tan incómoda como la que tuvo lugar una noche de febrero. Mario le dijo que hacía algunos días que quería tener sexo y que le parecía que no iba a aguantar hasta después del partido para acostarse con Maira, su mujer, una rubia curvilínea que solía vestirse con ropas breves y a la que todo el plantel miraba con ganas.

Carlos tomó las palabras de su compañero como una confesión sincera y acaso innecesaria: nunca habían profundizado sobre cuestiones íntimas. Ni siquiera habían abordado temas personales más o menos serios. Por lo general, sus charlas giraban sobre trivialidades tales como: “¿Viste el auto que se compró el turro del presidente del club?”, o “¿a quién le darías con más ganas, a Pampita, a Araceli González o a la Ritó?”.

Tras el comentario fuera de agenda de Mario, Carlos intuyó que —de algún modo— también le estaba dando pie para que le contara en qué andaba él. Y se soltó: “A mí me pasa algo parecido, Marito. Me estoy comiendo a una minita del barrio y la perra

me pide que la pase a buscar todas las tardes. Me tiene loco, no me la puedo sacar ni un segundo de la cabeza”.

Mario comenzó a preguntarle a Carlos respecto de su relación con Carina, la fulana con quien estaba saliendo. Entre comentario y comentario, la conversación siguió girando sobre el tema durante una media hora. La charla ingresó en un terreno de intimidades que movilizó las hormonas de ambos. Al entrar en confianza, Carlos le contó que Carina era la mina más gritona que había tenido en una cama. Pillo, Mario le dijo que Carina difícilmente pudiera gritar más que Maira y le dio a entender que su mujer quería enfiestarse con un tercero. Era mentira, pero él pibe compró.

-¿Y por qué no aceptás? ¿No te bancás que tu mujer esté con otro? -le preguntó Carlos sin ninguna voluntad de agredirlo.

-No, mi problema es que tengo miedo de que, en el momento, a mí también me den ganas de estar con el tipo -le respondió Mario, quien acto seguido posó su mano derecha sobre una de las rodillas de Carlos.

Acaso porque le pareció algo común entre dos tipos que charlan amigablemente, un gesto carente de cualquier doble intención, Carlos no reparó en el contacto físico con su compañero. Ingenuo, se paró y fue hasta el escritorio donde estaba la laptop que le había regalado su representante, en la que sonaba una cumbia. “Voy a bajar un poco el volumen porque así no se puede hablar”, le dijo, pensando que Mario continuaría con el hilo de la conversación.

Pero no. Mario lo miró a los ojos no tanto con la complicidad de un compañero de habitación como con la profundidad con que se le apunta a un objeto de deseo. Y lo encaró sin anestesia:

“¿Y si venís un rato a mi cama? La podemos pasar bien”.

Entre sorprendido y absorto, a Carlos le corrió un escalofrío por el cuerpo. Quería desaparecer del mapa, o al menos de ese cuarto de cuatro por cuatro, en ese mismo instante. “No, no, gracias, pero a mí eso no me va”, lo cortó, casi tartamudeando. “Pero dale, vení. Hace varios meses que quería decirte que te tengo ganas, pero no me animaba”, lo volvió a apurar Mario.

Carlos se quedó callado durante varios segundos, no porque no supiera qué responderle sino porque prefirió esperarlo agazapado, como un tigre que aguarda el momento justo para atacar a su presa.

Mario leyó cierta indecisión en esa actitud, la sensación de que si Carlos no aceptaba su convite, era simplemente porque no se animaba. Optó por acariciarle la espalda para intentar quebrar definitivamente su supuesta vulnerabilidad, pero Carlos le tomó la mano derecha, como frenándolo. Lo miró fijo y le dijo: “Ok, yo acepto pero si me entregás a tu mujer”.

Rubia y alta, Maira tenía 27 años, carnes firmes como las de una quinceañera y una fama bien ganada de vaga. Su cuerpo, perfecto por naturaleza, se había convertido poco menos que en una pieza de colección después de una lipoescultura que le afinó la cintura y la transformó en una bestia. La Bestia, precisamente, era el apodo que le habían puesto los integrantes del equipo a las espaldas de Mario.

Iba solamente a los partidos que el equipo jugaba de local porque Mario le había prohibido que fuera de visitante. La única vez que lo hizo, se apareció con una minifalda de tela camuflada que apenas le tapaba el culo, un top blanco transparente para lucir las tetas –esas tetas– y unos tacos altos finitos como

un escarbadientes. Los plateístas rivales le dijeron todo tipo de barbaridades.

Carlos y sus compañeros la saludaban con una simpatía que en muchos casos incluía dobles intenciones: la mayoría se la quería levantar pero tenía miedo de quedar pagando, algunos con ella y otros con Mario. De modo que Carlos le hizo una jugada inteligente: o Mario le entregaba su mujer, o nada.

La salida del pibe, esa movida de ajedrez, descolocó a Mario. “Dejame que vea cómo se lo digo”, le respondió, ante lo que Carlos asintió levemente y le levantó el pulgar derecho con timidez. Sintió la necesidad de contar lo que había ocurrido y a la media hora salió de la habitación con la velocidad de quien apura el paso para escapar de un perro con cara de pocos amigos. Se metió en el cuarto de Marcos y Juan, quienes estaban jugando al truco. Y les relató todo con lujo de detalles. “¿Me estás hablando en serio? No te puedo creer que le dijiste eso”, se sorprendió Marcos mientras imaginaba lo bien que la podría llegar a pasar su amigo con La Bestia.

Al día siguiente, durante una noche de sexo intenso, Mario le confesó su bisexualidad a Maira. En la cama no tenían límites. Incluso, más de una vez habían hablado de ir a un boliche swinger, pero la idea quedó en la nebulosa más por falta de convencimiento de ella que de él. Después de sincerarse ante su mujer, Mario le tiró la propuesta mientras estaban en pleno trance y ella intercalaba jadeos genuinos con algún que otro grito fingido. La tomó por sorpresa pero no le molestó en lo más mínimo. Caliente como estaba, Maira enseguida le dio el okey, susurrándole en la oreja y mordándole despacito el lóbulo. “Ahora falta convencer al pibe”, mintió él.

El viernes a la noche, cuando se reencontraron en la concentración, Mario le comentó a Carlos cómo venía la mano. Un terremoto sexual, la imaginación a pleno, el pibe le respondió de manera contundente: “Cuando quieran y donde quieran”.

“¿Te parece bien el miércoles a las 10 de la noche en mi casa? A lo nuestro después lo arreglamos por separado”, propuso Mario. “Hecho”, respondió Carlos, aunque no tan convencido. A esa altura, no sabía si relamerse o desear que se lo tragara la tierra.

>El extraño placer de Juan

Juan Villanueva tenía un placer cuanto menos particular: cada vez que iba a la cancha, le gustaba quedarse dormido en la platea. Por lo general, llegaba en el entretiempo de la Reserva, iba hacia su butaca y enseguida se dormía como una marmota hasta que terminaba el partido principal. Nosotros, los hinchas que nos sentábamos a su alrededor, nunca logramos comprender su costumbre. Introverso y poco amigable, Juan era una persona cuya antipatía tenía el don, o la desgracia, de espantar a la gente. De modo que nunca nadie se atrevió a preguntarle los motivos de su inefable rutina ni mucho menos a intentar despertarlo.

Lo cierto es que Juan se dormía desde el segundo tiempo de la Reserva hasta que la gente comenzaba a irse de la cancha, casi dos horas y media después. Justo cuando nosotros empezábamos a poner todos los sentidos al servicio del equipo, él optaba por cerrar los ojos y descansar.

Ciego part time por elección, solamente interrumpía su descanso cada vez que Vencedores Football Club hacía un gol. Ahí sí, alguna extraña fuerza lo llevaba a saltar cual resorte y el tipo los gritaba como loco. Una vez que se desahogaba, volvía a sentarse y a cerrar los ojos plácidamente. Bicho raro, ni siquiera preguntaba quién lo había hecho. Se limitaba a celebrarlos y después se entregaba a su relajado ritual.

Juan se dormía tan profundamente que parecía estar acostado

en una hamaca paraguaya y no sentado en una incómoda butaca de madera y rodeado de fanáticos que se la pasaban puteando y gritando. Ajeno a ese contorno bullicioso y por lo general irascible, hacía siempre la suya. Muchas de sus actitudes eran menos asombrosas que incomprensibles, por no decir ridículas. Los días que llovía, el tipo seguía ahí, inmutable, mojándose como un penitente mientras todos intentaban guarecerse en el techito insuficiente de la platea.

Un día, el fotógrafo del diario del pueblo le sacó una toma espectacular que al día siguiente ilustró una nota de color de un clásico contra Ñandúes: Juan estaba sentado detrás de una cortina de agua, con los brazos cruzados y la cabeza y el cuerpo levemente inclinados hacia adelante. En días como esos, no sabíamos si tomarlo como un freak querible o putearlo por boludo. El tema era que con el tiempo nos fuimos acostumbrando, al punto que sus actitudes dejaron de causarnos asombro.

Juan era un cuarentón desprolijo y de abdomen prominente, un hombre completamente desinteresado por las cuestiones estéticas. Casi siempre tenía una barba canosa de cinco o seis días y llevaba la camisa fuera del pantalón. El pelo, grasoso como su piel, se le caía de a poco, una agonía capilar lenta pero segura.

Un año. Un año exacto nos llevó comprender que, a falta de placeres convencionales, este fulano disfrutaba del ritual de dormirse en la cancha tanto como el casado en una noche de solteros. ¿Pero por qué, por qué? “Porque el mundo está lleno de outsiders. No le busqués otra explicación”, me decía Carlitos Picone, uno de los habitués del sector, en una simplificación sociológica no exenta de sentido común.

Pero hay algo que Carlitos nunca pudo explicarme: por qué

Juan saltaba de su asiento cada vez que había un gol nuestro y seguía durmiendo de manera imperturbable cuando convertían los rivales. “Será para evitar comerse el garrón de ver festejar a los otros”, pensaba en voz alta Carlitos, aunque su argumento nunca me convenció porque Juan dormía durante todo el desarrollo de los partidos.

“A este tipo el fútbol no le gusta. Viene acá porque no tiene nada que hacer en la casa”, aseguraba César Salgado, otro de los chicos de nuestra barra, con un tono que denotaba cierta antipatía hacia Juan.

César estaba equivocado. En la cena del centenario del club, me tocó compartir mesa con Juan. Cuando lo vi sentado ahí, justo al lado del lugar que indicaba mi tarjeta, no lo pude creer. Me acomodé a su derecha, convencido de que no cruzaríamos palabra alguna: tal vez durmiera durante toda la fiesta. Error. Hablamos largo y tendido sobre la suerte del equipo en el campeonato. Me comentó que le encanta cómo juegan los dos marcadores centrales, el enganche y el centrodelantero. Le dije que en líneas generales coincidía, pero eso era lo que menos me importaba: en el fondo, me moría por saber cómo hacía para opinar con tanta propiedad sin ver los partidos. También hizo referencia a cómo el número ocho desaprovecha todos los tiros libres, y a la tendencia del equipo a quedar desprotegido después de las pelotas paradas a favor.

Después de ese torrente en el que combinó información objetiva con opinión, la incertidumbre me desbordó. ¿Pero saben qué, muchachos? Cuando le iba a preguntar porque hacía lo que hacía, el tipo se me durmió. Se me durmió.

>Te odio

Arrmando Vallejos era un centrodelantero rachero: letal como pocos cuando andaba derecho para el arco e infinitamente insoportable cuando las cosas no le salían.

A Vallejos, un cordobés morocho y robusto que bien podría haber sido patovica de bailanta, sus amigos le habían puesto un apodo poco original: Negro. En sus ratos libres, o cuando sus ganas de pasarla bien se transformaban en una necesidad corporal que hacía caso omiso a las responsabilidades del profesionalismo, el Negro se entregaba al baile y la bebida, sus mayores placeres.

Quienes lo frecuentaban solían confesar que rendía mejor después de las noches agitadas, como si la resaca fuese para él un Viagra deportivo, una efedrina, o uno de esos compuestos de moda que ciertos atletas toman para mejorar sus rendimientos.

Los problemas surgían cuando el Negro no le hacía goles ni al arco iris, cuando quedaba solo frente al arquero rival y –como ocurrió una tarde ante San Javier– era capaz de mandarla al lateral.

La mayoría de los hinchas de Deportivo Sudor estaban acostumbrados a esos vaivenes. No renegaban de su esencia. Agradecidos por todos los goles que les hizo gritar –más de 120, según registros extraoficiales–, ellos preferían vivir sus momentos negativos como simples rachas sabáticas. ¿Se le cerró el

arco? La próxima vez será, pensaban casi todos. También estaban sus fanáticos a ultranza, talibanes vallejistas que saltaban a defenderlo cuando algún plateísta —alguna oveja descarriada— se paraba para putearlo.

En líneas generales, el Negro se sabía querido por la hinchada. Pero entre el ínfimo grupo que le dedicaba más hostilidades que apoyo se encontraba Tijera Loca, uno de los barras más pesados de Deportivo Sudor, con quien Vallejos mantenía un duelo particular.

El barra se había ganado ese apodo por clavarle una tijera en el cuello al carnicero de la esquina de su casa. Una represalia brutal si se tiene en cuenta el trivial motivo de su ira: el carnicero se negaba a fiarle porque él pretendía saldar las deudas en cómodas cuotas y no a principios de cada mes.

Personaje peligroso si los había, Tijera Loca era el único hincha que no le perdonaba una. “Dejáte de robar, Negro borrachón”, le gritaba, agresivo, cada vez que Vallejos andaba peleado con el arco. Esas cinco palabras —y sólo ésas— eran su letanía del odio, su manera de descargar una bronca que pocos entendían: Vallejos era considerado un tipo de carácter fuerte pero sentimientos nobles.

Gordo y desalineado, Tijera Loca pesaba 110 kilos y media 1,95. Se había transformado en una suerte de fetiche de Deportivo Sudor no sólo porque lo seguía a todos lados en un Torino modelo ‘70, sino también porque cuando desembarcaba en la tribuna se ponía en cueros cualquiera fuera la época del año. Más que de malo, tenía cara de psicópata. Cuando abría la boca para fustigar al Negro, hasta sus secuaces de la primera línea de la hinchada se llamaban a silencio, no tanto porque compartían

su proceder como por el temor que también infundía en ellos.

Vallejos, guapo de los de antes, se le plantaba siempre. Y no había día en que no le mandara a decir que lo esperaba después del entrenamiento a través de Petaca Juárez, el lateral derecho y capitán del equipo, vínculo entre el plantel y la barra. Pero como Tijera Loca nunca iba a las prácticas porque se lo impedía su trabajo como repartidor de soda, el único momento en que se veían las caras era en los partidos, alambrado mediante.

El Negro esperaba con ansiedad esos momentos. Para él no había mejor manera que desquitarse de los gritos molestos del barra que haciendo goles. Esa era su manera de gozarlo, de tomarse una revancha premeditada y efectiva.

Cuando convertía, primero celebraba el gol con sus compañeros y después corría hasta la tribuna donde se ubicaba la hinchada. Se paraba a dos metros del tejido y señalaba a su enemigo en actitud desafiante. “Es para vos”, le decía, apuntándole con el dedo índice y mirándolo fijo a la cara.

Para Tijera Loca, esa frase y ese gesto eran el oprobio mismo, una agresión pública que le ponía los pelos de punta. ¿Cómo alguien podía osar dejarlo mal parado delante de todo el estadio justo a él, uno de los capos de la barra?

Después de que Vallejos le enrostraba cada gol, Tijera Loca se bajaba del paraavalanchas con una velocidad de movimientos poco común para alguien de su contextura. Corría los diez escalones que lo separaban del piso y se trepaba al alambrado para tener a su enemigo lo más cerca posible. Lo insultaba una y otra vez, y el delantero le retrucaba, de modo que se armaban furiosos cruces dialécticos que duraban no menos de dos minutos, hasta que algún compañero agarraba a Vallejos del brazo y

lo llevaba hacia su campo.

Vallejos jugó tres años en Deportivo Sudor y el odio mutuo que se profesaban fue creciendo como una bola de nieve. La disputa pareció quedar en el olvido cuando el Negro se fue a jugar a un equipo de Chaco, tentado por una oferta imposible de rechazar.

Al año siguiente, Deportivo Sudor salió campeón y la radio local comenzó a llamar a ex jugadores del club para hacerlos partícipes del título. Raro en un tipo más bien duro como él, Vallejos estaba muy emocionado, casi lacrimógeno. Habló maravillas de sus ex compañeros, de la hinchada y del club en general. Hasta que al final se despachó con una frase que conmovió a todo el pueblo: “Y le quiero mandar un saludo grande a dos personas: a Tijera Loca y, muy especialmente, a su mujer”.

www.librosalarco.com.ar
contacto@librosalarco.com.ar



Impreso en MPS
JULIO 2006

**¿Cuáles son las señales que sugieren la presencia de un narrador de ley?
¿Una prosa cuidada, con apreciables dosis de buen gusto, a salvo de las
contraindicaciones de automatismos y lugares comunes?**

¿La nitidez, coherencia y consistencia de los personajes?

¿La intensidad de los climas gestados?

¿La eficacia de finales sorprendivos, ocurrentes, potentes, imponentes?

La respuesta, desde luego, no es disyuntiva, pero en cualquier caso

**Gustavo Yarroch nos ofrece la evidencia de estar a la altura de las
circunstancias en todos los indicadores. Sus relatos son relatos genui-
namente futboleros, pero saben, asimismo, contemplar indispensables
referencias laterales que sazonan la olla donde se cuecen las habas de**

**la existencia propiamente dicha. El fútbol, pues, como fútbol a
secas, y el fútbol como parte de una madeja capaz de alber-
gar inúmeros sentidos.**

**Celebro la aparición de Jueguen por abajo porque se
corresponde con la rica tradición literaria que fecunda
el maravilloso juego de la pelotita, y me atrevo a afir-
mar que hay en estos textos unas cuantas páginas
llamadas a honrar una antología del género.**

Walter Vargas

ISBN 987-22257-6-1



9 789872 225766

ediciones
al arco